



EL MORILLO AL ROJO

Confesiones cínicas al lector amigo

O.C. tomo X

QUÉ triste cosa es el número de amistades que va uno dejando abandonar al borde del camino de la vida! Pensar que hay tal amigo, Pedro ó Juan, con quien uno se escribía asidua y largamente, como si fuese correspondencia de enamorados, y no se sabe de él hace ya años sin que hubiera habido rompimiento alguno en la amistad...! En un número de cartas se dicen los amigos cuanto se tenían que decir y luego la comunicación languidece, se arrastra y se disipa al cabo. O bien un día, sin saberse cómo, se quiebra de pronto.

Conservo en mi archivo—¡melancólico relicario!—de cartas manojos de ellas que son de un solo corresponsal y de un periodo de tiempo relativamente corto. Y luego desaparecen sin que él se haya muerto ni haya roto formal y expresamente su relación conmigo.

Y esto nos acontece más, como es naturalísimo que así sea, á los publicistas, á los que escribimos para el público. Lo que habíamos de escribir en esas cartas privadas—¿hasta qué punto tales?—es en sustancia lo mismo que escribimos al público. El corresponsal para nosotros uno del público, y entra en juego, naturalmente, una economía de esfuerzo. Y otra consideración económica, quiero decir crematística, y es que no va á hacer uno el sacrificio de escribir una carta, aunque sea á un amigo, cuando reduciendo á artículo lo que en ella escribiera puede valerle 20 ó 30 ó 50 ó 75.

El sacrificio de escribir una carta he dicho. Y conste que para mí al menos no es sacrificio alguno. De otros vicios que aquejan á los españoles no me veré libre, pero de ese de la epistolofobia sí. Adolezco, más bien, de epistolomanía. No soy de los que hacen un viaje por evitarse el tener que escribir una carta, sino más bien de los que escriben cartas para evitarse viajes. Primero porque lo escrito queda y por escrito se defiende uno mejor de nuestra gran plaga: la mordacidad. A los profesionales del embuste no les gusta tratar los asuntos por escrito; prefieren la palabra en que cabe todo género de tachaduras y raspaduras y hablar para no decir nada.

Me acuerdo de que D. Antonio Trueba rehuía tratar de palabra cualquier asunto algo delicado. Había de vivir aquel con quien tenía que solventarlo en el lugar mismo en que él vivía, en Bilbao cuando le conocí y traté, y lo llevaba todo por escrito. «Soy más dueño de mi pluma que de mi lengua» decía. Y así era la verdad, pues hasta tartamudeaba un poco. Pero no era solo que se sentía más dueño de su pluma que no de su lengua, es que temía más á la lengua que no á la pluma de los otros. Se defendía mejor leyendo que no oyendo. Y esto le pasa á toda persona de buena fe. Con la lengua solo atacan y se defienden bien los sofistas. La sofisteria literaria es tan difícil como es fácil, facilísima, la sofisteria oratoria. El lenguaje hablado se hizo acaso para mentir ó para disfrazar la verdad, el escrito para descubrirla y desnudarla.

Repite que nunca me ha costado sacrificio alguno el escribir una carta. Es más, me ha ayudado para mi labor literaria pública. Muchos de mis artículos públicos han brotado de cartas privadas. Y en rigor han seguido siendo cartas privadas; una misiva enderezada á cada uno de los lectores, en particular, y no á todos ellos, en general. Lo de dirigirme individualmente al lector, no á los lectores colectivamente, no ha sido un artificio, sino una realidad emotiva. Necesito tener presente á mi intención un hombre concreto, de carne y hueso, y no una vaga colectividad. Hay cosas que no se me habrían ocurrido de no dirigirlas á una persona determinada y cuyas circunstancias personales conocía. Y así despues de haberlas dirigido en carta las he trasladado á un artículo, esperando que conservasen en este toda la intimidad y todo el calor confidenciales de una verdadera carta amistosa.

Hace poco todavía recibía una carta, muy interesante por cierto, de un joven gallego á quien conocí en Meirás, en casa de la Par-do Bzán, en unos dias gratos, recogidos, íntimos, caseros que allí pasé de descanso un verano. Ya ni me acordaba apenas de él, pero me suscitó el recuerdo. Mientras él dibujaba en cañamazo para una tapicería, yo, dibujando también, saqué un apunte de él á lápiz, apunte que me hizo firmar y que me dice que guarda. Pero como no me dedico á político profesional y no veía en él un posible

12





futuro elector ó apenador ó muñidor, descuido tomar nota de las personas con que voy así topando por los caminos de la vida. Y si un lector malicioso me dijera que puede ver en él un posible lector futuro, le diré que de estos no hay que tomar nota, como no la tengo del que eso piensa. ¿No es esto suficientemente cínico?

La carta de mi amigo el joven gallego, notario hoy en Nogueira, al recordarme un incidente me ha vuelto á poner delante á un hombre, un hombre concreto y vivo, de carne y hueso, algo más que un lector anónimo, á quien conocí y hasta estudié fisiológicamente para retratarlo. Y este reconocimiento me ha suscitado melancólicas reflexiones sobre algo de lo que nos ocurre á los que de la publicidad y para ella vivimos.

Así como San Pablo exclamaba: ¡miserable hombre de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?» (Romanos, VII, 24), al escritor público puede algunas veces darle ganas de exclamar: «Miserable de mí! ¿Quién me librará de esta publicidad de tedio?» Pero ello dura poco. Ni el hombre puede vivir sin el cuerpo mortal ni el escritor sin la publicidad tediosa. Que, además, no es tediosa siempre.

¿Pero quién de nosotros, los hombres por uno ú otro concepto públicos, no conoce el ancha de vida privada, de que le dejen á uno pasar en paz inadvertido?

Uno de los males que nos trae consigo la publicidad es que no se nos conozca, que se nos ahogue y desfigure bajo una leyenda, que se fragüe de nosotros un concepto público tal que empequeñezca y desbarate el que se nos pueda bien conocer. Más de una vez he citado la ingeniosa ocurrencia del humorista norteamericano Wendell Holmes, de que donde hay dos, Juan y Tomás, hay seis que son: Juan, el Juan de Juan y el Juan de Tomás, Tomás, el Tomás de Tomás y el Tomás de Juan ó sea uno según es, según se cree y según el otro cree que es. Pero hay en sociedad otro y más terrible y es aquel que la colectividad nos cree y nos hace. Para el escritor el que le cree su público.

Pero la publicidad tiene algo mucho peor que esto de que no nos conozcan y es que nosotros, los hombres públicos, no llegamos nunca á conocer á los demás. No nos queda tiempo de llegar al corazón de nadie. Desfila ante nosotros muchedumbre de personas, nos presenta á unos y á otros, á las veces como en un besamanos, y no nos queda de ellos ni el más leve recuerdo. Hay cosa más triste, por ejemplo, que el que á uno le presenten otro diciéndole, v. gr.: «Le presento aquí á uno de sus admiradores, Fulano de Tal.» ¡Uno de sus admiradores! Y mira uno al admirador y ni siquiera vislumbra debajo de él al hombre. Y acaso se pierde un amigo, que es muy otra cosa que un admirador. ¡Cuántas amistades nos cuesta la admiración!

Y llega una edad, cuando se ha dejado al borde del camino de la vida tantas amistades ajadas y secadas por abandono, una edad en que se siente, como un crepúsculo del alma, el sentimiento de la soledad agorera, de la soledad premonitoria de la última y augusta soledad que nos ponga cara á cara de Dios, solos, frente á Dios solo, y al resplandor frío y crepuscular de esas admiraciones siente uno el abandono de las llamaradas de la amistad. Hay quien ha muerto ceñido de la admiración de sus convecinos y sin un solo amigo verdadero. Y ha debido sentir al morir el frío de una estatua de bronce cuando le cae encima una noche de helada. ¿Qué no daría la estatua, si en ella habitase el corazón del hombre á quien representa, por poder verse en brazos de amigos, de verdaderos amigos, que le prestasen calor, que acaso lograran encenderla?

Contemplábamos una vez una cierta estatua de un hombre que fué de fuego. Era una tarde de verano y el sol la apretaba entre sus rayos. El bronce refulgía y debía quemar la mano si se la tocaba. La frente parecía un ascua de oro, y la diestra, extendida, tenía irradiaciones de llama. «¡Así, así está bien!»—me dijo un amigo. Y yo le contesté: «Todavía no. Esta imagen estaría bien si en un día de revolución encendieran á sus pies una hoguera los amigos ó los enemigos del hombre que fué, no sus admiradores ni sus detractores, y esa hoguera lo abrazase y ciñese y escaldase de tal modo que lo pusiera encendido y al rojo y hecho brasa pura. Entonces es fácil que surgiese su espíritu de bajo tierra, de entre las raíces del suelo patrio, para ir á incorporarse de nuevo, pero no ya en carne, sino en bronce de fuego. Y así vale tener estatua.»

Y ahora mira, tú que te dices mi admirador y me pides un retrato, voy á mandar que me modelen un pequeño busto y lo reproduzcan luego en hierro á la cabecera de unos morillos, de esos caballetes con que se sostienen la leña en el fogón, y cuando, después que yo haya muerto, te pongas á leer mis obras al amor de la lumbre del hogar, puedas ver mi efigie férrea encendida al rojo y sientas así que es un amigo el que te habla. Un amigo que quiere llegarte al corazón.

¡Y adiós, lector amigo!

Miguel de Unamuno



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA